

proporcionó a los valencianos la mayoría de libros básicos de la Ilustración francesa y acabó dirigiendo el Jardín Botánico de Madrid. No podemos olvidar su excelente *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia* (1795-1797), libro básico para el conocimiento de la economía y sociedad valenciana del momento. Y de nuevo Jorge Juan, con su *Examen marítimo* (1771), estudio fundamental para la aplicación de la mecánica en la navegación, así como la reedición posterior con adiciones de Gabriel Ciscar (1793).

Si valiosa fue la aportación científica de los valencianos, culminada con la presencia de Gabriel Ciscar en la convención de París en que se estableció el sistema métrico decimal, no fue menor el mérito en el campo de las letras. Cerdá y Rico como editor de los humanistas españoles y heredero de la línea mayansiana. Sempere Guarinos, autor de *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III* (1785), una de las apologías de España ante los ataques extranjeros. Y, sobre todo, el mérito singular del abate Juan Andrés, entre los jesuitas españoles expulsados.

No deja de constituir una paradoja que, exiliados de España, los jesuitas se convirtieran, además de unos habilísimos receptores de la Ilustración europea, en unos apologistas entusiastas de nuestra historia cultural. Entre los valencianos, encontramos creadores literarios con mayor o menor fortuna (Lasala, Colomes, Montengón), humanistas que imitan a Marcial (Tomás Serrano) y, de manera sobresaliente, la figura de Juan Andrés. Corresponsal de Mayans, de cuya amistad gozó mientras fue catedrático de retórica en la universidad de Gandia, Andrés constituye una figura de referencia universal por su *Origen, progreso y estado actual de toda la literatura* (10 vols.), escrita en italiano y traducida a las principales lenguas. Fue la primera historia universal de la literatura, valiosa por su originalidad y la amplitud de sus conocimientos. Y es, sin duda, una sorpresa observar que un exiliado por el gobierno de Carlos III fuera el autor de una obra elegida como texto en los Reales Estudios de San Isidro, perla de la política cultural de la monarquía. En el fondo, la actividad de Andrés proporcionó, junto con la de Mayans, la mayor propaganda cultural española en el extranjero.

#### Un estudio para un reino

[SALVADOR ALBIÑANA –UVEG–]

Las universidades aparecieron en Europa en los siglos XII y XIII acompañando el auge de la vida urbana y el inicio de un proceso de secularización de los saberes y de quienes debían dispensarlos que resultó largo y complejo. Apenas conquistada Valencia, Jaime I quiso erigir una universidad y en 1245 alcanzó un privilegio de Inocencio IV, pero sería Lérida, fundada en 1297, la primera universidad de la Corona de Aragón. A comienzos del XV se establecieron estudios de gramática y artes en la calle del Mesón de la Nave, primer núcleo de la universidad. Finalmente, en 1499 los jurados de la ciudad de Valencia aprobaban las constituciones de la misma, cuya creación habían decidido un año antes. Valencia, como Lérida o Huesca, adoptaba el modelo de Bolonia en el que existía un estrecho vínculo entre el municipio y el *Estudi General*. Ese vínculo se mantuvo a lo largo de todo el Antiguo Régimen.

El estudio valenciano nacía en una segunda etapa de fundaciones universitarias que tuvo lugar en Europa entre los siglos xv y xvi, en el tránsito hacia los tiempos modernos. Tránsito señalado por el auge del humanismo, un movimiento enfrentado a la escolástica, de raigambre medieval, tanto por los objetos de estudio como por los métodos de investigación y transmisión de conocimientos. El humanismo fue un movimiento intelectual y pedagógico que reivindicó el estudio de las *humaniores litterae* –las letras más humanas–, frente a la hegemonía de la lógica y la teología, y en Valencia alcanzó notoriedad mediado el siglo xvi.

Como puede leerse en las citadas constituciones, la jurados la fundaron porque «no tenint mestres doctors ni preceptors, molts de la present ciutat son costrets de anar fora aquella en Studis generals per hojr de totes facultats de Arts e Sciencies». Ciertamente los valencianos ya no se verían obligados a viajar a Lérida, Bolonia –donde estudió Rodrigo de Borja, el futuro Alejandro VI–, Montpellier o París, pero la creación de la universidad no puso fin a la *peregrinatio academica*, alentada por la búsqueda de la excelencia en alguna disciplina. París fue un permanente foco de atracción. Allí estudió Juan Luis Vives –que apenas frecuentó las aulas de su ciudad, recordadas en uno de sus primeros escritos, *Corpus Christi*, de 1514. También el humanista Juan Martín Población, nombrado profesor del Colegio de Lectores Reales, embrión del actual Collège de France. El jesuita Andreas Schott, amigo y biógrafo del helenista valenciano Pedro Juan Núñez, también estudiante en París, calificó la ciudad de «colonia del Reyno de Valencia por los muchos valencianos que la frequentavan».

Valencia ofreció un amplio cuadro de disciplinas. Junto a las cuatro facultades mayores –teología, leyes, cánones y medicina–, estaba la propedéutica facultad de artes, dedicada a la filosofía, la física y las matemáticas, y los estudios de latín, griego y hebreo. Fue la universidad más importante del reino de Valencia ya que Gandia, fundada en 1549 y dominada por los jesuitas, y Orihuela, creada en 1569 y vinculada a los dominicos, nunca ofrecieron completo el currículo universitario. En algunas materias como la medicina, Valencia alcanzó temprano reconocimiento al que no es ajeno la creación en 1462 de la Escuela de Cirugía, que años después obtuvo privilegio real para realizar disecciones de cadáveres humanos. En ella enseñó Lluís Alcanyís, primer ocupante de la cátedra médica «per als principis». Autor del *Regiment preservatiu e curatiu de la pestilència*, primera obra médica impresa en Valencia (Nicolau Spindeler, c. 1490), Alcanyís tuvo un final dramático: condenado por la Inquisición como judaizante, fue quemado vivo en noviembre de 1506.

#### *La fundación y los poderes universitarios*

El municipio financiaría sus cátedras y designaría al rector y a los profesores, aunque pronto tuvo problemas económicos y debió buscar la ayuda de los dos grandes poderes: la monarquía y la Iglesia. Como era preceptivo, la ciudad había solicitado la bula fundacional, firmada por Alejandro VI el 23 de enero de 1501, y también el privilegio real, concedido por Fernando de Aragón el 16 de febrero de 1502. La bula establecía que los grados para leer o enseñar los confería el arzobispo, nombrado canciller, en tanto el monarca concedía a Valencia los privilegios de que gozaban Salamanca y otros estudios generales. Los profesores y los estudiantes, a diferencia de lo que sucedía en las grandes universidades castellanas, no tuvieron presencia alguna. Tan sólo el claustro médico, reunido en ocasiones para tratar pro-



Los primeros años fueron difíciles. La peste 1518 cerró las aulas; poco después vendría la represión de las Germanías y el humanista Juan Andrés Strany, nombrado rector por los jurados agermanados, se vería obligado a huir; en 1522 dejaron de pagarse los salarios por falta de caudales, un problema recurrente del municipio, agravado porque la universidad nunca dispuso de rentas propias. De esa situación se intentará salir con el nombramiento como rector de Joan Salaya que desempeñó el cargo por largos años, entre 1525 y 1558, fecha de su muerte. Salaya –cuya lápida funeraria puede verse en el claustro del Museo de Bellas Artes de Valencia– gozaba de gran prestigio como *doctor parisiensis* y su elevado salario como rector exigió eliminar siete cátedras. En Valencia abandonó los estudios de lógica y física que le habían dado notoriedad junto al Sena y gobernó la universidad con gran severidad.

Lápida sepulcral del rector Joan de Salaya. Museo de Bellas Artes, Valencia.

blemas relacionados con la salud pública o la práctica profesional. Tampoco el rector, con alguna señalada excepción, alcanzó poder. Como dirá Juan Antonio Mayans, nombrado rector en 1775: «El título es magnífico, sus facultades cortas».

A lo largo del siglo XVI fueron frecuentes los desordenes y conflictos y las constituciones de 1561, que reafirmaban el poder del rector, y de 1563, que regulaban los estudios de gramática, poco resolvieron. Felipe II, en 1570, decidió nombrar visitador real al arzobispo y virrey Juan de Ribera. No conocemos bien sus resoluciones, pero se enfrentó al claustro de teología y provocó protestas que llenaron la ciudad de pasquines muy hostiles. El monarca visitó la ciudad en 1583 y los catedráticos asistieron al besamanos real –episodio que aprovecharía Gaspar Guerau de Montmajor, expulsado de la cátedra de oratoria, aunque readmitido poco después, para escribir una mordaz y algo injusta sátira de sus compañeros de claustro. Casi vencido el siglo, Felipe II nombró otro visitador, Alonso de Coloma, pero nada se logró. La estabilidad llegaría con la intervención de la Iglesia. Una bula de Sixto V, de 1585, mejoraba la dotación de dieciocho cátedras de teología, leyes y cánones con rentas de procedencia eclesiástica, pero ordenaba que el rector debía ser teólogo y además canónigo del cabildo catedralicio. La decisión pontificia reforzaba el carácter clerical de la universidad y aumentaba la presencia de la Iglesia, que a partir de ese momento compartió con el ayuntamiento el poder sobre la universidad. Así fue hasta 1827, cuando la universidad, en los inicios del orden liberal, pasó a depender del poder central.

#### *Gramática, arte y medicina*

Los primeros años fueron difíciles. La peste 1518 cerró las aulas; poco después vendría la represión de las Germanías y el humanista Juan Andrés Strany, nombrado rector por los jurados agermanados, se vería obligado a huir; en 1522 dejaron de pagarse los salarios por falta de caudales, un problema recurrente del municipio, agravado porque la universidad nunca dispuso de rentas propias. De esa situación se intentará salir con el nombramiento como rector de Joan Salaya, que desempeñó el cargo por largos años, entre 1525 y 1558, fecha de su muerte. Salaya –cuya lápida funeraria puede verse en el claustro del Museo de Bellas Artes de Valencia– gozaba de gran prestigio como *doctor parisiensis* y su elevado salario como rector exigió eliminar siete cátedras. En Valencia abandonó los estudios de lógica y física que le habían dado notoriedad junto al Sena y gobernó la universidad con gran severidad. Fue notable su combate contra los erasmistas, destacando su enfrentamiento con Pere Joan Olivar, también formado en París, catedrático de griego y oratoria entre 1529 y 1530, que pronto abandonaría Valencia y también España, pasando a residir en París y Oxford.

Olivar, como también Vives, pertenecían a la primera generación de humanistas valencianos que sufrió la emigración forzosa o voluntaria y apenas estuvo vinculada a la universidad. Por contra, en los años centrales del siglo, y con el mecenazgo de Mencía de Mendoza, duquesa de Calabria, alcanzó relieve el humanismo académico, ahora desprovisto de la erasmiana *pietas erudita* propia de los inicios del movimiento. Los principales protagonistas fueron Lorenzo Palmireno, Andrés Sempere y Pedro Juan Núñez y su labor intensificó la actividad de las imprentas de la ciudad, en particular las de Juan Mey y Pedro Huete.



En 1547 ocuparía una de las cátedras de griego Pedro Juan Núñez, el humanista valenciano de mayor relieve y el helenista español más importante del siglo xvi. En 1563 fue contratado por la universidad de Zaragoza y dejó Valencia, una decisión que no debió ser ajena al severo proceso inquisitorial que acabó con el erasmismo valenciano.

A finales del siglo xvi, con el avance de la Contrarreforma, declinarían los estudios de humanidades y el enrarecido clima cultural iría apagando el esplendor inicial. En 1611 la ciudad redactó unas nuevas constituciones, las primeras impresas. Fueron, con algún añadido posterior –en 1652 se regularon los estudios jurídicos–, el texto normativo del la universidad durante el siglo xvii. Muy extensas y ordenancistas, sus capítulos reglamentaban toda la vida de la universidad, y trataban con gran detalle los estudios de filosofía y teología, sin duda, para asegurar la ortodoxia de los catedráticos. Los estudios médicos mantuvieron las disecciones, pero estuvieron dominados por un galenismo intransigente.

Pedro Juan Núñez, *Grammatica Linguae Graecae*, Barcelona, J. Cendrati, 1589. Biblioteca Histórica, Universitat de València.

*Constitucions del Estudi General de la insigne ciutat de València*, Valencia, Felip Mey, 1611. Biblioteca Histórica, Universitat de València.

Palmireno, también profesor en Zaragoza, desempeñó diferentes cátedras de poesía, griego, retórica, oratoria y gramática y fue autor de una abundante obra; su *Latino de repente* introdujo novedades en la pedagogía de la lengua latina. La obra fue impresa por Huete en 1573, año en el que alcanzaba la tercera edición *De arte dicendi libri quinque*, tratado de retórica también impreso por Huete. Andrés Sempere ocupó la cátedra de oratoria entre 1553 y 1567, y obtuvo notable fama con *Prima, vereque compendiaría Grammaticae latinae institutio*, publicada por Juan Mey en 1546 y reeditada once veces en el xvi y muchas más hasta 1849, fecha de la última impresión.

La cátedra de griego, creada en 1524, sería desdoblada en 1547 lo que orienta sobre la presencia humanista. El primer catedrático fue Cosme Damia Çavall, formado con Nebrija en Alcalá. Mantuvo relación con Vives al que alabó en su *Oratio paraenetica de optimo statu reipublicae litterariae constituendo*, pronunciada en la apertura de curso en 1531. También desempeñó la cátedra Miguel Jerónimo Ledesma, al tiempo que estudiaba medicina, en la que se doctoró en 1536. Con Ledesma se instauró una costumbre en la universidad de Valencia: la vinculación de la cátedra de griego con la medicina. La influencia de Ledesma fue determinante en el tránsito del galenismo arabizado bajomedieval al galenismo humanista.

En 1547 ocuparía una de las cátedras de griego Pedro Juan Núñez, el humanista valenciano de mayor relieve y el helenista español más importante del siglo xvi. En 1563 fue contratado por la universidad de Zaragoza y dejó Valencia, una decisión que no debió ser ajena al severo proceso inquisitorial que acabó con el erasmismo valenciano. Núñez fue un prolífico escritor; en su primera etapa, más vinculada a la docencia, destacan sus *Institutiones Grammaticae Linguae Graecae*, editadas por Juan Mey en 1555; a partir de 1575 su obra adquirió mayor rango filológico como recuerda su *Vita Aristotelis ex veteri translatione cum notis*, editada en 1594, que completó con una suerte de enciclopedia aristotélica.

Un buen ejemplo de la conjunción entre humanismo, ciencia y técnica lo ofrece Jerónimo Muñoz, catedrático de matemáticas entre 1566 y 1578, año en el que abandonó Valencia, ya que la universidad de Salamanca mejo-

ró el elevado salario que había logrado aquí. Muñoz, que mantenía correspondencia con relevantes astrónomos europeos, alcanzó gran prestigio en su época por sus trabajos sobre la supernova de 1572 dados a conocer en su *Libro del nuevo Cometa* (Valencia, Pedro Huete, 1573), cuya apresurada redacción –de la que autor se lamentaba– se debió a la apremiante petición de Felipe II. Muñoz fue muy prolífico escritor. Para sus clases redactó en 1568 unos *Commentaria Plinii libri secundi De Naturali Historia*, hoy conservados en el Arnamagneanske Institut de Copenhague, que revelan el antiaristotelismo de sus ideas cosmológicas. Realizó muchos trabajos prácticos, entre ellos un censo del reino de Valencia y mediciones para trazar el mapa del mismo reino para las que recurrió a la técnica de la triangulación geodésica expuesta por su maestro Gemma Frisius.

Valencia contó con las primeras cátedras hispanas de cirugía, anatomía y de simples y a partir de los años cuarenta se impusieron las corrientes renovadoras, lo que convirtió a la facultad médica en una de las más avanzadas de Europa. La obra de Andreas Vesal, cuyo núcleo era la defensa de la disección de cadáveres como fuente exclusiva del saber anatómico y su enseñanza, ocupa un lugar central en la renovación del conocimiento científico sobre el cuerpo humano. Pedro Jimeno, discípulo de Vesalio en Padua, fue introductor de la nueva anatomía y convirtió Valencia en una de las primeras de Europa que enseñó anatomía de acuerdo con las ideas vesalianas. En 1549 publicó *Dialogus de re medica*, primer texto anatómico posterior al *De Humani corporis fabrica* de su maestro (1543), y fue el descubridor del estribo, tercero de los huesos auriculares del que ofreció la primera descripción. En 1550 fue sustituido por Luis Collado, también discípulo de Vesalio, que consolidó la escuela anatómica valenciana. Alumno suyo había sido Juan Calvo, que desempeñó la cátedra de cirugía y en 1580 publicó una *Cirugía universal y particular del cuerpo humano* que conoció un buen número de reimpressiones y sería traducida al francés.

La enseñanza de *herbes* o simples inició su renovación en 1545 cuando ocupó la cátedra Pedro Jaime Esteve, autor de un *Diccionario de las yerbas y plantas medicinales que se hallan en el Reino de Valencia* (c. 1545-1566) que circuló a través de copias manuscritas de las que no se ha podido localizar ejemplar alguno. Esteve fue el más claro ejemplo del helenismo médico y en 1551 editó *Hippocratis Coi Medicorum omnium principis epidemion liber secundus*, con el texto griego del libro segundo de las Epidemias de Hipócrates, considerado el mejor trabajo impreso en el taller de los Mey.

La figura de mayor relieve en el estudio de *herbes* fue Juan Plaza, que ocupó la cátedra entre 1567 y 1583, coincidiendo su nombramiento con la creación de un jardín botánico, el primero de España y uno de los primeros de Europa de carácter universitario. Se trataba de una instalación modesta, antecedente del creado en el siglo XVIII, que complementaba una docencia basada en herborizaciones. Plaza mantuvo estrecha relación con el naturalista flamenco Clusius, quien difundió en Europa los descubrimientos de Plaza. No dejó obra escrita, pero sus conocimientos botánicos están recogidos en *Platicage Generalis*, una farmacopea manuscrita por un alumno suyo, que se conserva en la universidad de Padua. A Plaza le sucedió Jaime Honorato Pomar, que en 1598 fue nombrado médico herbolario real y Felipe II le obsequió con un importante manuscrito pictográfico –que conocemos como código Pomar y está depositado en la Biblioteca Histórica de la Universitat de València– con más de dos centenares de plantas del Viejo y Nuevo Mundo. También debe destacarse la creación, aunque su existencia fue efímera, de una cátedra de medicamentos químicos que atendió Lorenzo Cózar.

### *El siglo XVII, un periodo de decadencia*

A finales del siglo XVI, con el avance de la Contrarreforma, declinarían los estudios de humanidades y el enrarecido clima cultural iría apagando el esplendor inicial. En 1611 la ciudad redactó unas nuevas constituciones, las primeras impresas. Fueron, con algún añadido posterior –en 1652 se regularon los estudios jurídicos–, el texto normativo de la universidad durante el siglo XVII. Muy extensas y ordenancistas, sus capítulos reglamentaban toda la vida de la universidad, y trataban con gran detalle los estudios de filosofía y teología, sin duda, para asegurar la ortodoxia de los catedráticos. Los estudios médicos mantuvieron las disecciones, pero estuvieron dominados por un galenismo intransigente.

No obstante, a fines de siglo Valencia se convirtió en un importante núcleo del movimiento *novator*, introductor de la ciencia moderna en España y precursor de la Ilustración. No fue un movimiento universitario –sus miembros se reunían en academias y tertulias– pero la universidad no se mantuvo ajena por completo. En 1685, el claustro de medicina ayudó al grabador y anatomista Crisóstomo Martínez a obtener una beca que le permitiera completar en París su *Atlas Anatómico* (1687), un hito internacional de la ilustración médica en el que hay relevantes aportaciones de anatomía microscópica. Otros importantes novatores serían Juan Bautista Corachán, catedrático de matemáticas entre 1696 y 1720, y Tomás Vicente Tosca, un tiempo vicerrector del *Estudi*, y autor de un *Compendio Matemático* y de un *Compendium Philosophicum* que ya son ejemplo de la importancia que en la cultura ilustrada tendrá la redacción de manuales compendiosos y actualizados.

### *Universidad e Ilustración*

Las universidades actuales son herederas de la universidad de Berlín, creada en 1810 por Wilhelm von Humboldt, donde por vez primera se asociaban docencia e investigación, un requisito procedente de la Ilustración. Unos años antes, tras un viaje por España, Humboldt concluyó que «las universidades españolas y centros de educación son, sin excepción, malas». Ciertamente, en España, el esfuerzo reformista fue discreto, aunque en Valencia alcanzó algunos logros, y quedó truncado por la fuerza de cuantos se oponían a los cambios y por el episodio de 1808 y sus consecuencias políticas.

### *Entre Valencia y Madrid*

La guerra de Sucesión a la corona de España obligó a cerrar la universidad, convertida un tiempo en cuartel, aunque ocupada Valencia tras la batalla de Almansa, se reanudó la actividad académica. La nueva dinastía pronto quebró la dependencia de la universidad respecto del municipio, que la financiaba, nombraba sus catedráticos y legislaba sobre ella. A partir de 1707 ese patronato municipal quedó suspendido y su devolución en 1720 exigió la entrega de la enseñanza del latín, primer escalón universitario, a la Compañía de Jesús. En aquellos años de asedio universitario de los jesuitas, el rector Francisco Ortí y Figuerola daría a las prensas sus reivindicativas *Memorias históricas de la fundación y progreso de la universidad de Valencia* (1730), primera historia publicada de una universidad hispana.



La composición alude a la intervención de san Vicente Ferrer en la fundación de la universidad de Valencia. Se trataba de una tradición alentada por los dominicos que fue rebatida por Miguel Velasco y Santos en su *Reseña Histórica de la Universidad de Valencia*, publicada en 1868.

Grabado de Tomas Planes, según dibujo de Evaristo Muñoz, en *Constituciones de la insigne universidad literaria de la ciudad de Valencia, hechas por el Claustro mayor de aquella en el año de 1733*. Antonio Bordazar de Artazu, Biblioteca Histórica, Universitat de València.

La recuperación del patronato alentó una modesta renovación. Se reformó el paraninfo, acabado en 1737, y algo antes, en 1733, se aprobaron unas nuevas constituciones que en realidad eran una traducción al castellano de las publicadas en 1611, aunque algún atisbo de novedad reflejaban los estudios de filosofía –por influjo de los novatores– y medicina, los de mayor relieve del claustro valenciano.

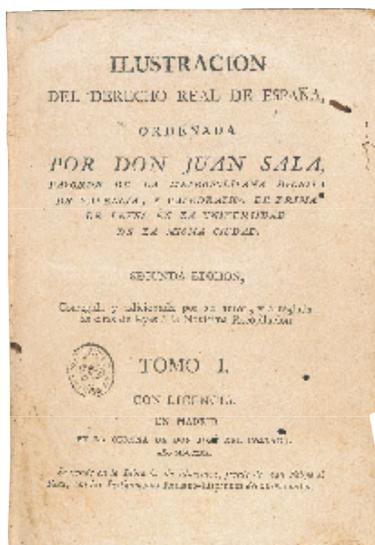
Esas constituciones acentuaban el control del ayuntamiento sobre la universidad, lo que no era garantía de reforma ilustrada. A juicio de Andrés Piquer, relevante catedrático de anatomía, los regidores eran «bárbaros, ignorantes y contemplativos». La reforma tuvo que llegar amparada desde la corte y descansó sobre la mengua del poder municipal, vuelto a recortar desde 1768 y, de manera muy sensible, con el Plan de Estudios del rector Vicente Blasco, sancionado en 1786 por el conde de Floridablanca, ministro de Gracia y Justicia.

Vicente Blasco, ilustrado clérigo de la orden de Montesa. Catedrático de filosofía en Valencia entre 1760 y 1763, estaba bien relacionado con los círculos madrileños por su cargo de preceptor de los infantes reales, y había intervenido en la reforma de los Reales Estudios de San Isidro en Madrid. Tras lograr el rectorado en 1781 se aplicó a la redacción de un plan de estudios que gozó de la protección del reformismo cortesano.

En leyes destacó el catedrático Juan Sala, autor entre otras obras de *Ilustración del Derecho Real de España*, publicada en 1803 y muy reeditada hasta bien entrado el siglo XIX para atender la demanda de las recientes repúblicas americanas.

Mariano Salvador Maella, *Retrato del Rector Vicente Blasco*, c. 1790. Universitat de València.

Juan Sala, *Ilustración del Derecho Real de España*, Madrid, José del Collado, 1820. Biblioteca Histórica, Universitat de València.



### Profesores y estudiantes

El reparto de facultades y cátedras en el XVIII era deudor del momento fundacional. En 1733 existían 42 cátedras: 12 de teología, 11 de leyes y cánones, 8 de medicina, 7 de gramática, 2 de filosofía, y 2 de matemáticas y física. Resulta notable la hegemonía de la teología y, por lo mismo, era abrumadora la presencia de clérigos –en torno al ochenta por ciento del profesorado–, ya que dominaron los estudios de filosofía y tuvieron fuerte presencia en los jurídicos. En leyes destacó el catedrático Juan Sala, autor entre otras obras de *Ilustración del Derecho Real de España*, publicada en 1803 y muy reeditada hasta bien entrado el siglo XIX para atender la demanda de las recientes repúblicas americanas.

Los estudios médicos mantenían su gran prestigio y el número de sus cátedras era elevado en relación con otras universidades. Medicina era la facultad con una mayor cercanía entre la dedicación docente y la publicación de manuales y libros por parte de sus profesores. Debe mencionarse a Andrés Piquer, prolífico autor de obras «ad usum tyronum scholae valentinae», y uno de los más esforzados divulgadores de la nueva ciencia como recuerda su *Física moderna*, publicada en 1745. A comienzos del siglo XIX Félix Miquel preparó un moderno tratado de clínica, *Compendio de medicina clínica*, publicado en 1811 por su discípulo Ángel Sanz Muñoz.

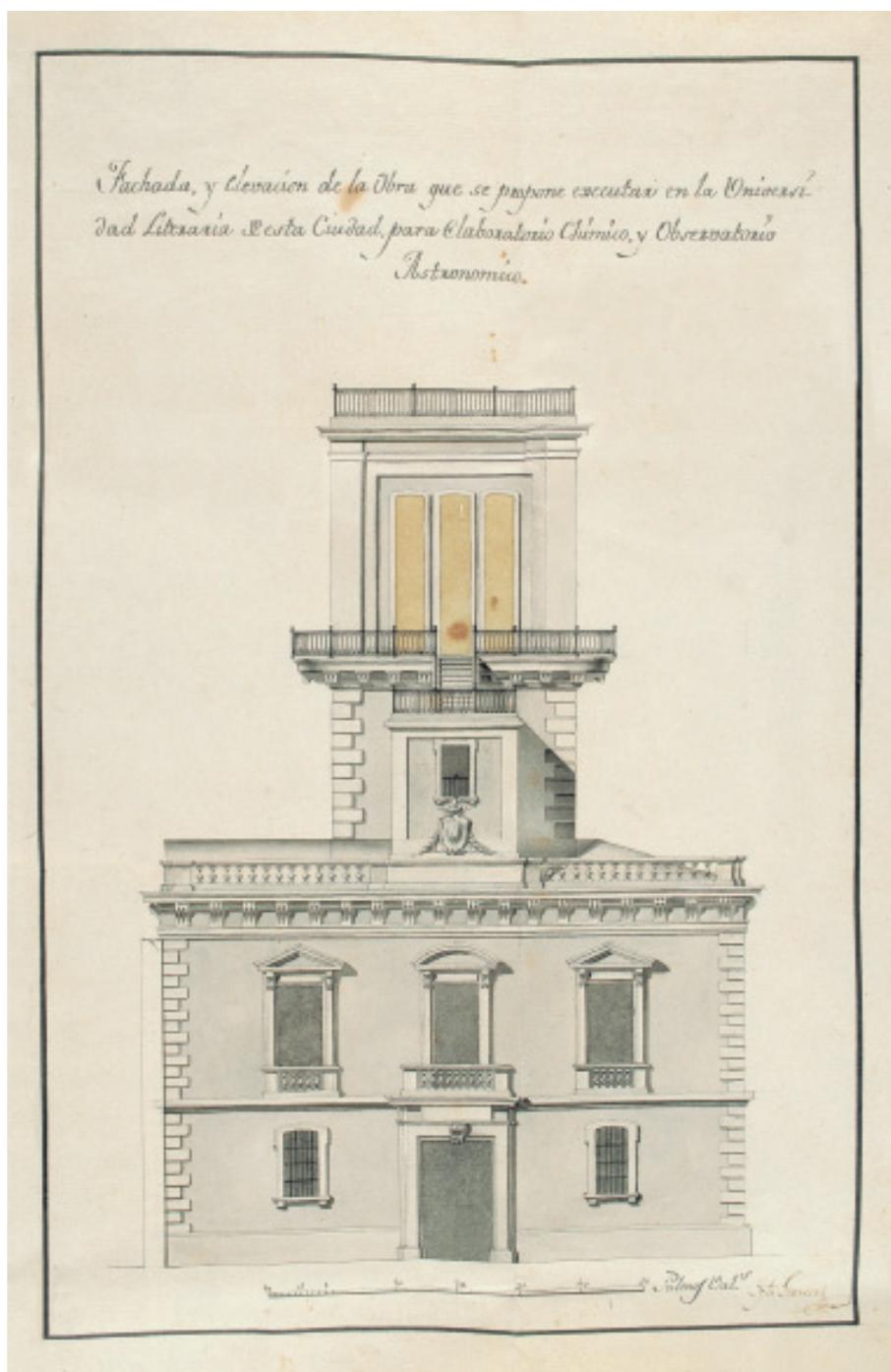
Valencia logró un alto número de estudiantes y desde la época de Carlos III las matrículas superaron las de la muy prestigiosa Salamanca. A lo largo del XVIII la media puede estimarse en 1.300 estudiantes por curso académico, un valor que se explica por la capacidad de atracción de alumnos procedentes de Castilla, Aragón y Cataluña, en buena medida por el valor de sus estudios médicos.

### El Plan de Estudios de 1787

Hubo que aguardar a la expulsión de los jesuitas en 1767 para que se pusiera en marcha una reforma que se pretendía financiar con las elevadas rentas de la compañía. A ese propósito respondía la *Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España*, encargado a Gregorio Mayans por el ministro Manuel de Roda. El proyecto mayansiano, muy desigual en su alcance renovador, no llegó a discutirse. La reforma no sería común y las universidades fueron requeridas a presentar nuevos planes de estudio. Valencia lo hizo en 1772, aunque los enfrentamientos escolásticos colapsaron el plan.

Finalmente la reforma fue impuesta desde el gobierno, valiéndose de Vicente Blasco, ilustrado clérigo de la orden de Montesa. Catedrático de filosofía en Valencia entre 1760 y 1763, estaba bien relacionado con los círculos madrileños por su cargo de preceptor de los infantes reales, y había intervenido en la reforma de los Reales Estudios de San Isidro en Madrid. Tras lograr el rectorado en 1781 se aplicó a la redacción de un plan de estudios que gozó de la protección del reformismo cortesano. Entre otros, de Francisco Pérez Bayer quien, en 1785, hizo donación de su valiosa biblioteca a la universidad. Un año después quedaba aprobado el plan. El retrato de Blasco que pintara Mariano Salvador Maella le muestra con su *Plan de Estudios*, impreso por Benito Monfort, en 1787.

Blasco introdujo un mayor rigor en el acceso a las cátedras, mejoró su renta e incrementó las materias científicas, dotando una cátedra de química



El Plan de Blasco fue el mejor de la ilustración española. No obstante, no todo lo previsto pudo realizarse. El jardín botánico se inauguró en 1806, pero el laboratorio y el observatorio no llegaron a construirse. No sólo hubo problemas económicos, aunque aparecieron pronto por cuenta del arzobispado, remiso a atender sus pagos. El plan fue también víctima, como dijera el liberal Joaquín Lorenzo Villanueva, «de los tiros de la enfurecida ignorancia». No fue un buen ingreso en el siglo XIX.

José García, *Fachada y elevación de la obra que se propone executar en la Universidad Literaria de esta Ciudad para Laboratorio Chímico y Observatorio Astronómico*, 1791. Dibujo. Arxiu de la Universitat de València.

y creando un jardín botánico, un laboratorio químico y un observatorio astronómico. Asimismo, introdujo los exámenes anuales, prohibió el dictado y estimuló que los profesores prepararan manuales compendiados, creando a tal fin una imprenta universitaria. La reforma –mal recibida por los estudiantes ya que ampliaba los cursos– fue tan ambiciosa como lenta y laboriosa sería su aplicación, a pesar de que para propiciarla el gobierno, en 1790, nombró a Blasco rector vitalicio, prefigurando el carácter político del cargo que veremos con los liberales.

El Plan de Blasco fue el mejor de la ilustración española. No obstante, no todo lo previsto pudo realizarse. El jardín botánico se inauguró en 1806, pero el laboratorio y el observatorio no llegaron a construirse. No sólo

hubo problemas económicos, aunque aparecieron pronto por cuenta del arzobispado, remiso a atender sus pagos. El plan fue también víctima, como dijera el liberal Joaquín Lorenzo Villanueva, «de los tiros de la enfurecida ignorancia». No fue un buen ingreso en el siglo XIX.

#### La educación elemental y secundaria en la ciudad de Valencia en el siglo XVIII

[TELESFORO M. HERNÁNDEZ –UVEG–]

La enseñanza, desde el Renacimiento, ha sido siempre un tema abierto y polémico, cargado de rémoras y de ilusiones. En el siglo XVIII se puso énfasis en nuevos sistemas pedagógicos atendiendo a niños y jóvenes cuya formación debía integrar letras y virtud para servir a la Iglesia y al Estado. Ideas que, en mayor o menor grado, recogieron primero los jesuitas y luego los escolapios que, como clérigos, insistieron más en la religión que en la ciencia. El niño fue mirado como persona educanda, en cuyas manos se ponía el futuro. No obstante los buenos deseos, la realidad fue dura y cruel. Los testimonios contemporáneos hablan de castigos severos, de ausencia de métodos pedagógicos, de comportamientos airados de los maestros, de escasez de medios, de salarios de hambre, de ignorancia y de falta de reconocimiento social del maestro. A pesar de todo hubo buenos educadores y proyectos que, desde diversos campos (gubernamental, clerical y laico), se preocuparon por una educación cada vez mejor y más amplia que chocaba con el elitismo del Antiguo Régimen.

La situación en Valencia fue similar a la de otros lugares, tanto en las primeras letras (leer, contar y escribir) como en la enseñanza secundaria (gramática latina, retórica y poesía).

Valencia contó con 10 escuelas de primeras letras repartidas por los barrios más importantes de la ciudad que, por lo general, carecían de dotación y se mantenían gracias a las propinas, limosnas o donaciones de instituciones religiosas o civiles. En casos contados tenían rentas propias para pagar la manutención del maestro (la escuela de San Bartolomé). Los locales no reunían buenas condiciones ni poseían el material escolar adecuado. Los libros eran escasos y el número de alumnos solía ser excesivo para un solo maestro, que podía contar con la ayuda de un pasante. Según los análisis más críticos, la mayor parte de los maestros recibían sus credenciales para enseñar del municipio o del arzobispo y sólo un escaso número tenían nombramiento real que expedía la hermandad de San Casiano por pragmática de Felipe IV hasta 1780. El alumnado que acudía a las escuelas solía ser de extracción humilde. La adquisición de conocimientos era muy básica, en general.

La situación valenciana cambió bastante con la llegada de los escolapios, gracias al interés del conde de Carlet, y la apertura del colegio de San Joaquín en febrero de 1738. Sus cuatro clases albergaron enseguida a unos 500 alumnos que se duplicaron en cuestión de meses, alcanzando la cifra de 1.100. El hecho provocó la protesta de los maestros de leer, escribir y contar que elevaron un memorial a la ciudad que les había nombrado tras superar los correspondientes exámenes. Suplicaban que no se permitiese abrir más aulas a los padres de las Escuelas Pías para evitar su propia ruina. El memorial fue bien visto por los jesuitas, que tenían también la presumible competencia escolapia en la enseñanza de la gramática latina. Sus aulas recogie-

La Real Casa de la Enseñanza y Colegio de Educandas, erigida en 1763 por el arzobispo Mayoral, acogió como internas a niñas de familias acomodadas a las que se les impartía una educación esmerada, pero de acuerdo con los parámetros propios de la época. Además de las labores femeninas aprendían urbanidad, danza y cultura general. La Real Casa admitía también niñas pobres como externas.

Casa de la Enseñanza, fundada por el arzobispo Mayoral en 1763.  
Foto: Luis Calvente.